

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/5-la-casa-de-un-patricio-y-un-plebeyo/>

CAYO MARIO

6º

Gracias a las reformas de Tiberio y Cayo Graco los plebeyos pudieron tener al menos una pequeña parcela de tierra propia, y aunque no fuera mucho y siguieran siendo pobres, al menos eran dueños de su propia tierra.

Otro cambio que se produjo fue que los plebeyos podían convertirse en oficiales y generales en las legiones romanas, y podían incluso llegar a ser cónsules. Uno de esos plebeyos era **Cayo Mario***. No creció en Roma sino en un pueblo cerca de la ciudad. Al ser hijo de campesinos pobres no había recibido una educación, ni tenía tutores que le enseñaran filosofía u otras materias, ni buenos modales, ni cómo pronunciar discursos.

Creció entre muchachos rudos y salvajes, y él era el más rudo y el más salvaje de todos. Él y su pandilla merodeaban por las colinas, incluso cuando llovía a cántaros, y muchas veces pasaban la noche durmiendo al aire libre.

Los otros muchachos admiraban a Mario porque era capaz de escalar los acantilados más empinados y de nadar en las corrientes más rápidas. Naturalmente, Mario era siempre el líder entre ellos, y si alguno de ellos osaba enfrentarlo, acababa siempre perdiendo en la pelea.

Mario quería ser un líder y no soportaba que hubiera nadie por encima de él.

Fue de lo más lógico que cuando se hizo adulto se convirtiera en soldado en el ejército romano. Su vida en las montañas lo había preparado bien para las penurias de la vida de soldado.

Mario encajaba bien con las largas marchas y luchas encarnizadas. Fue un excelente soldado y pronto ascendió a oficial.

En aquella época, Roma estaba en guerra con **Numidia***, en la costa norte de África. **Yugurta***, el rey de Numidia, era un hombre malvado: había asesinado a su predecesor y a su hijo, que eran aliados de Roma, para ocupar el puesto de rey de Numidia.

Para vengar la muerte de su aliado, el anterior rey, los romanos enviaron un ejército a África liderado por el general **Metelo***. Mario era uno de sus oficiales. Pero no era fácil luchar y marchar en el abrasador sol de África.

Los guerreros nómadas estaban acostumbrados a ello, mas para los soldados romanos era agotador, y progresaban muy poco. Pero los soldados de Mario admiraban a su oficial. Marcharon junto a él bajo el calor cegador del sol, y él compartía la preciada agua de su propia botella con sus hombres y cuando tenían que cavar trincheras, Mario tomaba una

***Cayo Mario** (ca. 157 aC-86 a.d.C.): Político y militar romano, llamado tercer fundador de Roma por sus éxitos militares. Elegido cónsul siete veces. Reorganizó la estructura de las legiones a las que dividió en cohortes. [n. del pr.]

***Numidia** (202 a.d.C.-46 a.d.C.): Antiguo reino bereber africano ahora extinto, que incluía la actual Argelia y parte de Túnez (Norte de África) y fue una provincia romana y un estado vasallo romano. [n. del pr.]

***Yugurta o Jugurta** (160 aC-106 a. d.C): Rey de Numidia entre los años 116 a.d.C. y 106 a.d.C. [n. del pr.]

***Quinto Cecilio Metelo Numídico**: Político y militar romano del siglo II a.d.C. Cónsul y censor, líder de la facción política de los optimates en el Senado romano. [n. del pr.]

pala y trabajaba más duro que ellos. Pero, aunque Mario era popular entre sus soldados no lo era para Metelo, su general.

Metelo era un patricio arrogante y no le gustaba Mario, ese plebeyo burdo y rudo. Y Mario odiaba al orgulloso patricio y estaba totalmente seguro de que él sería mejor general que Metelo.

Mario era un hombre ambicioso, quería mostrar que, aunque había crecido como campesino en un pueblecito, era mejor que todos esos prepotentes patricios. De modo que Mario envió mensajes desde África al Senado en Roma explicando que Metelo era demasiado lento en la guerra contra los nómadas, y que él, Mario, lo haría mejor.

Y un día se limitó a decirle a Metelo:

—*“Ya he tenido suficiente de esto, me voy a Roma para ser elegido cónsul. Luego volveré aquí y seré yo quien esté al mando, no tú”.*

Metelo se puso furioso, pero no podía hacer nada. Y Mario volvió a Roma donde los senadores que querían acabar la guerra en África le creyeron y le convirtieron en cónsul.

El plebeyo Mario regresó a África como cónsul, pero Metelo regresó a Roma porque era demasiado orgulloso para permitir que Mario le mandara.

Una de las ciudades más difíciles de tomar era una fortaleza en la montaña, donde Yugurta, el malvado rey, había escondido una gran parte de su tesoro. Las tropas de Mario asediaron la fortaleza, pero los defensores tenían muchos alimentos y pasaron semanas sin que los romanos pudieran tomar la fortaleza, era totalmente imposible asaltar los empinados precipicios.

Un día, uno de los soldados estaba al pie de una de esas rocas y vio algunos caracoles en una comisa. A los romanos les gustaba comer caracoles, eran una delicia para ellos. Así que el soldado se encaramó para coger los caracoles. Y miró a su alrededor para ver si había más para sus amigos. Descubrió que podía encaramarse más y más, y para su sorpresa, subiendo de saliente en saliente, acabó llegando a la cúspide del despeñadero. Y allí había un gran roble que sobrepasaba el muro de la fortaleza. Y no se veían guardias.

Los nómadas defensores de la fortaleza pensaban que esa parte del precipicio era tan empinada y tan segura que no consideraban necesario apostar guardias en esa parte. El soldado bajó rápidamente e informó a Mario de lo que había descubierto y Mario demostró que era un general inteligente. Al conocer esto, Mario planeó el ataque. A sus órdenes, una parte de sus tropas simuló atacar la fortaleza, y mientras los defensores estaban ocupados en rechazar a los romanos en una parte, los demás soldados escalaron silenciosamente las rocas, siguiendo la ruta que les mostraba el soldado. Y lograron entrar en la fortaleza. Los guerreros nómadas se quedaron tan sorprendidos que soltaron sus armas y se rindieron.

Fue una victoria espléndida para Mario, pero el rey Yugurta seguía libre y continuaba luchando.

La traición a Yugurta

Antes de seguir adelante echaremos una ojeada a la época en que tenían lugar estos acontecimientos.

Roma había sido fundada por Rómulo en torno al 752 a.d.C. Las guerras con Cartago tuvieron lugar unos doscientos años antes de Cristo. Y la época en que vivía Mario apenas distaba cien años antes del nacimiento de Cristo.

En esa época anterior a Cristo no había amabilidad especial en la gente. Los hombres, mujeres y niños de una ciudad conquistada eran masacrados o tomados como esclavos. La vida humana contaba muy poco; había una enorme ambición, sed de poder, y también coraje y astucia, pero no había misericordia. También había muchas traiciones, mentiras y engaños. Yugurta, el rey númida, seguía luchando.

Para empeorar las cosas, su suegro **Boco***, otro rey africano, acudió en su ayuda. Así que Mario tenía dos enemigos contra los que luchar: Yugurta y su suegro.

A Mario le preocupaba que, de no acabar pronto la guerra, los senadores de Roma no estarían contentos con él. Su ambición era seguir siendo cónsul toda la vida. Si no conseguía acabar pronto la guerra contra Yugurta no habría posibilidad alguna de que los senadores lo volvieran a nombrar cónsul. Pero tal vez podría intentar ganar al suegro de Yugurta para la causa romana.

Mario empezó a enviar mensajes al rey Boco, diciéndole:

—*“Piensa que, al final, los romanos acabarán ganando... Ganaremos, cueste lo que nos cueste, como hicimos ya antes con Cartago. Y los romanos son terribles con sus enemigos, pero son generosos con sus amigos. Muéstrate ahora como amigo de Roma y Roma será tu amiga y aliada, y aplastará a tus enemigos”.*

El rey preguntó:

—*“Pero, ¿cómo puedo mostrarme como amigo de Roma?”*

Mario respondió:

—*“Es muy sencillo. Yugurta confía en ti, entrégnoslo y Roma siempre será tu amiga. Pero si no haces lo que te decimos, tarde o temprano, tú y Yugurta acabaréis miserablemente”.*

El rey Boco, suegro de Yugurta, se asustó tanto de los romanos que al final decidió traicionar a su yerno. Le pidió a Mario que le enviara un oficial romano y algunos soldados a quienes entregaría a Yugurta.

Cuando Sila, el oficial romano, y sus hombres llegaron, el rey Boco envió un mensajero para invitar a Yugurta. El mensaje decía: *“Tu suegro ha hecho algunos prisioneros romanos, ven y llévatelos”.* Y Yugurta, que confiaba en su suegro, fue a la cita, pero en el momento de entrar en la tienda de Boco, los guardias armados cayeron sobre él, le ataron las manos y lo entregaron a los romanos.

Llevaron a Yugurta ante Cayo Mario que lo hizo encadenar y lo envió a Roma. Aquí, Yugurta encadenado fue paseado por las calles, mientras era apedreado por la multitud, y luego fue encerrado en una prisión oscura y húmeda.

Con una amarga sonrisa dijo:

—*“¡Romanos, qué fríos son vuestros baños!”* Y pronto murió en esa mazmorra fría y húmeda.

**Boco I: Rey de Mauritania entre 110 a.d.C. y 80 a.d.C. Suegro de Yugurta, rey de Numidia, lo apoyó en la guerra contra Roma. Ambos fueron derrotados dos veces por Mario. [n. del pr.]*

Mario había mantenido su promesa al Senado. Había terminado con la guerra en Numidia. Los senadores, agradecidos, le nombraron cónsul por segunda vez, luego por tercera y cuarta.

Mario, el plebeyo, se había convertido en el hombre más poderoso de Roma. Pero Sila, el oficial que había hecho prisionero a Yugurta, iba a convertirse en el peor enemigo de Mario y con el tiempo sería más poderoso que Mario.

Los pueblos del norte

Después de la guerra en África, Mario volvió a Roma, donde fue nombrado cónsul cuatro veces. Había una buena razón para que los senadores hicieran cónsul al mismo hombre tantas veces: Roma estaba en grave peligro ante un nuevo enemigo terrible, y no había hombre mejor para salvar a Roma que Cayo Mario, soldado rudo e implacable.

Algunos años atrás, Aníbal con sus mercenarios había invadido Italia desde el Norte, atravesando los Alpes. Ahora otro enemigo estaba atravesando los Alpes para invadir Italia. Pero esos invasores no eran gentes que procedían de países cálidos, como había pasado con las tropas de Aníbal, sino que eran gentes del norte totalmente diferentes.

Los romanos nunca habían visto gente como esa. Eran altos, casi todos superaban el metro ochenta. Tenían la piel clara, pelo lacio y largo que caía sobre sus hombros y barbas rubias. Esos hombres tan altos iban vestidos en pieles de animales, y en sus cascos llevaban alas de pájaros o cuernos de animal, tenían grandes escudos y espadas largas.

Esos hombres salvajes del norte estaban muy orgullosos de su fuerza y de su dureza. Cuando paraban en un lugar nevado de los Alpes, se quitaban la ropa y riendo y gritando, se encaramaban desnudos bajo la nieve que caía y sobre las rocas frías y heladas.

Tras los hombres venían las mujeres y los niños en carros tirados por bueyes o caballos. Y las mujeres eran tan altas y fuertes como los hombres. O sea que los que atravesaron los Alpes no eran sólo un ejército, sino toda una nación, compuesta de diversas tribus. Para ellos, el frío, el hielo, la nieve eran sus amigos y los disfrutaban.

Cuando alcanzaron la cima de las montañas del norte, los hombres tomaron sus anchos escudos, los convirtieron en trineos y se deslizaron sobre ellos por las pendientes cubiertas de nieve. Cientos y miles de ellos llegaron a Italia. Esos hombres fuertes bárbaros, altos y de pelo rubio, llegaron a un río en el norte de Italia y al otro lado del río, vieron un campamento de legiones romanas que había sido enviado allí para detener a esos invasores bárbaros.

Los bárbaros, que habían cruzado los Alpes como si fuera un juego, decidieron construir una presa en el río antes de atacar a los romanos. Y los soldados romanos, que observaban desde su campamento, se quedaron sorprendidos por la fuerza de esos extraños.

Los bárbaros arrancaron grandes árboles y los echaron al río como si fueran pequeñas astillas, y echaron grandes rocas como si fueran piedritas. Fue una visión que aterrorizó a los soldados romanos.

Y cuando los bárbaros se prepararon para la batalla, las filas delanteras de guerreros se unieron con grandes cadenas que pasaron por sus cintos, de manera que la larga hilera de hombres no podía romperse. Justo antes de empezar la batalla, todos levantaron sus escudos ante su boca y soltaron un terrible grito de batalla que los escudos amplificaron y sonó como si fuera un trueno.

Y cuando empezó la batalla, esos altos guerreros del norte parecieron volverse locos, luchando con una furia salvaje, una rabia que los romanos no habían visto nunca. Golpeaban y cortaban a diestra y siniestra sin importarles si se herían o mataban entre ellos mismos. Los heridos luchaban desde el suelo, aquellos a quienes se les había roto la espada luchaban con las manos y machacaban las cabezas de los romanos con sus puños antes de caer bajo las espadas romanas.

En las primeras batallas, las legiones romanas acabaron huyendo aterrorizadas y las ciudades norteñas de Italia quedaron a merced de los invasores.

Los romanos llamaron **cimbrios*** y **teutones*** a esas gentes salvajes. Y la furia de combate que desplegaban la llamaron "*furor teutonicus*".

Roma se salva

Podemos imaginarnos cuán aterrorizados estaban los romanos, y estaban contentos de poder nombrar cónsul a Mario por quinta vez si lograba quitarles de encima a esos pueblos salvajes del norte, los cimbrios y los teutones.

Y Mario era la persona idónea para esa misión, no sólo porque él mismo era intrépido, sino también porque los soldados lo conocían muy bien y confiaban plenamente en él. Entre los legionarios romanos era común decir:

—*“Cuando Mario nos conduce, la victoria es segura y suele haber también un buen botín”.*

De modo que cuando Mario se puso al frente del ejército contra los bárbaros salvajes, sus soldados estaban animados.

La primera batalla iba a ser contra una parte de los invasores, los teutones. Pero los teutones estaban ansiosos por luchar y no esperaron que los romanos los atacasen.

Querían atacar ellos primero y Mario lo sabía.

Hizo que sus soldados construyeran un campamento fortificado sobre una colina, mientras él mismo, con parte de sus tropas, se escondía en un bosque cercano, en la llanura. Luego los teutones se lanzaron profiriendo su salvaje grito de guerra, se precipitaron colina arriba sobre el campamento, pero su empuje salvaje fue detenido.

Los romanos con sus espadas cortas podían golpear más rápido que los bárbaros que llevaban largas y pesadas espadas.

***Cimbrio, bria:** 1. adj. Dicho de una persona: De un pueblo que habitó antiguamente en Jutlandia. U. t. c. s. Diccionario RAEL [n. del pr.] 2 teutón, na: 1. adj. Dicho de una persona: De un pueblo de raza germánica que habitó antiguamente cerca de la desembocadura del Elba, en el territorio del moderno Holstein. U. t. c. s. 2. adj. coloq. alemán. Apl. a pers., u. t. c. s. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Y los salvajes del norte perdieron coraje y se retiraron bajando de nuevo la colina. En ese momento, Mario y sus hombres les tendieron una emboscada y los bárbaros se vieron atrapados entre dos fuerzas romanas. No estaban acostumbrados a ese tipo de lucha, se produjo una confusión total y los bárbaros fueron masacrados.

Al final de la batalla, el campo estaba cubierto de cientos de cadáveres teutones. Los otros invasores, los cimbrios, no sabían nada de lo que les había pasado a sus aliados. Cuando vieron acercarse a Mario y a sus tropas enviaron mensajeros a los romanos diciéndoles que les respetarían la vida si se les daba tierra para establecerse en Italia. Mario les contestó:

—*“Naturalmente, les daré tanta tierra como la que les he dado a sus amigos los teutones”.*

Los mensajeros le preguntaron:

—*“¿Y cuánta tierra fue esa?”*

Mario respondió:

—*“Para cada hombre un agujero en el suelo. ¡Porque los hemos matado a todos!”*

Los mensajeros llevaron esa noticia a los cimbrios que lanzaron un fuerte grito de venganza y se aprestaron a la lucha para vengar a sus compañeros. Pero habían elegido un mal día para la batalla porque era un cálido día de verano en Italia, y el verano allí puede llegar a ser insoportable en algunas ocasiones. Sin embargo, los soldados romanos estaban acostumbrados a sufrir más calor aún en África, mientras que los cimbrios sólo eran buenos guerreros en el clima frío.

El ardiente calor del estío italiano los hizo sentirse débiles y desfallecidos y fueron cayendo progresivamente bajo las espadas romanas. Algunos de ellos intentaron huir, pero estaban atados unos a otros por sus cadenas y los romanos acabaron matándolos a todos como si fueran ovejas. Algunos de los bárbaros lograron zafarse de las cadenas y regresaron a los carros donde estaban sus mujeres y niños.

Pero las mujeres les gritaron:

—*“¡Volved a la lucha, cobardes!”* Y les golpearon con las hachas y las espadas.

Cuando llegaron los soldados romanos las mujeres tampoco se rindieron, lucharon tan fieramente como los hombres.

Al final, cuando ya no pudieron contener más a los romanos, las mujeres que todavía estaban vivas mataron a los niños y luego se suicidaron, estrangulándose con sus propias cabelleras, pues preferían morir que convertirse en esclavas.

De ese modo los bárbaros del norte fueron derrotados por Mario, pero mucho, muchísimo tiempo más tarde, quinientos años después, otras tribus volverían a invadir Italia desde el norte y acabarían conquistando Roma y haciendo añicos el imperio.

Al final, la matanza de los cimbrios y los teutones acabaría siendo vengada, pero por aquella hazaña Mario fue alabado y honrado por el Senado y la gente de Roma, pues los había salvado de los bárbaros salvajes.

Mario enemigo público

Cuando Mario salvó a Roma de los cimbrios y teutones, los senadores estaban tan agradecidos que lo hicieron cónsul por sexta vez. A Mario le encantaba ser el hombre más poderoso de Roma, era orgulloso y ambicioso, y quería seguir siendo cónsul. Pero Mario era sólo un gran cónsul en tiempos de guerra, podía llevar los ejércitos a la batalla. Sin embargo, no era tan buen cónsul en tiempos de paz.

Un cónsul con frecuencia tenía que pronunciar discursos en el foro, o en el Senado, y Mario, que nunca había sido instruido en las palabras que tenía que decir, tendía a arrastrar las palabras.

Los romanos no consideraban bueno a un cónsul que no supiera hablar bien.

Pero había algo más. Todavía había dos partidos en Roma: los patricios y los plebeyos que reñían constantemente. Cada vez que había algún conflicto entre patricios y plebeyos el cónsul tenía que hacer una decisión justa y equilibrada.

Mario sólo era bueno para las decisiones en el campo de batalla, no lo era en las decisiones políticas, y en todo caso los patricios siempre dirían que Mario era un plebeyo y que siempre iba a favorecer a los plebeyos.

De modo que, en períodos de paz, Mario no fue precisamente un éxito como cónsul. Los patricios se quejaban constantemente de que un hombre sin educación no estaba preparado para ser cónsul.

Los senadores —que, naturalmente, eran patricios— habían tenido suficiente de ese soldado rudo Mario y al año siguiente eligieron como cónsul al patricio Lucio Cornelio Sila, el oficial que en su momento habla tomado prisionero a Yugurta.

Ese fue un duro golpe para el orgullo de Mario. Ya no era el hombre que estaba en la cúspide de Roma. Y tampoco era comandante del ejército romano porque el cónsul era siempre el general supremo en Roma. Pero lo que más hirió a Mario fue que Sila, un hombre mucho más joven que él, había sido un oficial bajo su mando, y ahora era el general de la fuerzas romanas.

Mario estaba lleno de amargura, de orgullo herido, de que los romanos que lo habían alabado tanto cuando estaban en peligro ante los bárbaros, y a no lo quisieran, y hubieran puesto al joven patricio Sila en su lugar.

Luego estalló una guerra en Asia Menor y, naturalmente, Sila, como cónsul, empezó a congregar a los hombres y prepararlos para embarcar. Pero Mario no podía soportar el pensamiento de que, habiendo guerra, otro liderara las tropas romanas.

Mario tenía muchos amigos entre los plebeyos, e hicieron estallar una rebelión en Roma. Plebeyos armados llenaron el foro, y los senadores, temiendo por sus vidas, promulgaron una ley ordenando que Mario fuera el comandante del ejército romano.

Los plebeyos en rebelión habían buscado a Sila por todas partes para darle muerte. Pero Sila había escapado de Roma y había llegado a un campamento en la costa donde sus soldados se estaban congregando para zarpar hacia África. Sila les habló y les explicó cómo Mario había quebrantado la ley y se había hecho nombrar comandante en jefe.

Les preguntó:

—“¿Quieren como líder a alguien que quebranta la ley?”

Los soldados respondieron:

—“¡No! ¡Te seguiremos a ti, Sila, el cónsul legítimo de Roma!”

Y Sila marchó con su ejército sobre Roma.

Los plebeyos sabían que no podían competir contra soldados experimentados y ni siquiera intentaron luchar. Los senadores respiraron aliviados al ver que Sila venía a rescatarlos y promulgaron otra ley declarando enemigos públicos a Mario y a los que habían instigado la rebelión. Lo que implicaba que todo ciudadano romano no sólo tenía el derecho, sino el deber de matarlos.

Los amigos de Mario fueron capturados y asesinados, pero él escapó. Y ahora Mario, el hombre que antaño había salvado a Roma, que durante seis años había sido el hombre más poderoso de Roma, era un fugitivo apátrida que podía ser ejecutado por cualquier ciudadano romano.

Mario en el exilio

¿Qué es lo que había conducido a Mario a ese estado en que su vida ya no estaba a salvo, en que se había convertido en un apátrida y en un fugitivo?

Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían gobernado cuando él mismo se convirtió en el líder de los muchachos de su pueblo natal. Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían hecho disputar a su general en África, hasta que él mismo se había convertido en cónsul y comandante en jefe. Había sido la ambición y el orgullo que le habían hecho permanecer como cónsul año tras año y ahora la ambición y el orgullo le habían hecho perder todo.

Estaba pagando un alto precio por su orgullo.

Llegó a la costa y vio un barco. Había llevado dinero consigo y le ofreció a los marineros una fuerte recompensa si lo sacaban de Italia.

Los marineros estuvieron de acuerdo, pero una vez en alta mar cambiaron de opinión. *¿Por qué iban a arriesgarse a ser castigados a causa de Mario?*

Así que regresaron con su nave y lo dejaron en la orilla, diciéndole:

—“No te hemos matado, como era nuestro deber, ni siquiera te entregaremos a los soldados que te están buscando por todas partes, pero no queremos tener nada que ver contigo”.

Mario quedó abandonado a su suerte. Encontró la pequeña cabaña de un viejo campesino que le dio cobijo.

Apenas había descansado unas horas en la cabaña del anciano cuando oyó trotar los cascos de los caballos de un grupo que lo estaba buscando.

Desesperado, Mario salió precipitadamente de la cabaña y llegó a un campo pantanoso. Allí se escondió en una zanja húmeda y cenagosa. Pero los jinetes desmontaron y lo buscaron palmo a palmo. Finalmente lo encontraron y lo sacaron de allí cubierto de barro. Lo llevaron a la prisión de la ciudad más cercana, paseándolo por la plaza como un hombre cubierto de barro y suciedad, una triste figura.

Los soldados podrían haberlo matado directamente, pero no se atrevían a matar al hombre que pocos años antes había sido su líder. Preferían entregarlo a la autoridad más cercana que tendría la tarea de ejecutarlo.

El juez de la pequeña ciudad en la que fue entregado Mario descubrió que no era tan fácil ejecutar a Mario, pues no había soldado ni ciudadano que quisiera entrar en la celda y matarlo. Todos se rehusaron. Finalmente, el juez encontró a un esclavo galo que estaba dispuesto a entrar en la prisión y matar a Mario por una recompensa. El esclavo entró en la oscura celda, espada en mano.

Al principio no podía ver nada en la oscuridad. Luego vio dos ojos feroces que lo contemplaban y empezó a temblar de miedo. Y luego una poderosa voz le gritó:

—“Compañero, ¿te atreverás a matar a Mario?”

El esclavo dio la vuelta y salió gritando:

—“¡No puedo matarlo!”

El juez y los ciudadanos decidieron que preferían no tener nada que ver con el terrible Mario. Lo sacaron de allí y lo metieron en una nave que zarpaba para África.

De modo que Mario escapó de una muerte segura, porque la gente no podía olvidar lo mucho que había hecho por Roma. Incluso en África, nunca estuvo seguro, y tenía que huir constantemente de un sitio a otro. Quienquiera que le diera cobijo no le permitía permanecer mucho tiempo.

Fue una época muy dura para Mario y en su corazón juró que un día se vengaría de sus enemigos en Roma, de Sila y los patricios que lo habían rebajado hasta ese punto.

Mientras tanto, las cosas cambiaron en Roma y aceleraron el momento en que Mario podría vengarse.

El retorno de Mario

Mario había pasado épocas muy precarias, pero ese período no lo hizo más humilde, y aunque por aquel entonces ya era un hombre de edad avanzada, pues tenía casi setenta años, seguía siendo tan orgulloso y ambicioso como siempre. Y también vengativo.

En ningún momento se le ocurrió pensar que había quebrantado la ley, de que estuviera equivocado, o que su orgullo lo había llevado a caer tan bajo.

No, lo único que pensaba era que sus enemigos —Cornelio Sila y muchos de los patricios— lo habían denigrado.

En su interior se hacía la imagen de cada persona, de cada patricio que en alguna ocasión hubiera hablado contra él, que hubiera hecho algún comentario sobre sus toscos discursos, y se prometió que, cuando llegara el momento, pagarían con su vida el haberse atrevido a enfrentarse a Mario.

Pero mientras en África Mario iba soñando en la venganza, se estaban produciendo grandes cambios en Roma. Cuando Mario había sido expulsado, Sila, el cónsul y comandante del ejército romano, embarcó con sus tropas hacia Asia.

Pero la guerra en Asia Menor duró mucho tiempo, y todo ese tiempo estuvo fuera de Roma.

Los senadores decidieron que mientras Sila estuviera fuera, Roma necesitaba dos cónsules, para mantener el orden en la ciudad. Escogieron a **Cina***, un plebeyo, y a **Octavio***, un patricio. Pero no fue una decisión sabia.

Pronto se produjeron disputas y odio entre los dos cónsules, y en lugar de mantener el orden, los dos cónsules convirtieron Roma en un lugar de desorden y discordia entre los dos partidos.

Cina quería permitir la vuelta de Mario a Roma. A los senadores no les gustaba la idea en absoluto, pero Cina les dijo:

—“Que el pueblo de Roma decida si quieren el retomo de Mario. Que vengan al foro y que voten a favor o en contra de su vuelta.

Y los senadores no tuvieron más remedio que ceder. Pero cuando la gente de Roma estaba congregada en el foro para dar su voto, Cina se presentó con un grupo de hombres armados, y quedó claro que atacarían a quienquiera que votase contra el retomo de Mario.

Naturalmente, eso era totalmente ilegal e injusto.

El otro cónsul, el patricio Octavio, no podía permitir que sucediera eso y se presentó a su vez con hombres armados para sacar de allí a Cina y a sus hombres. Se produjo así una lucha feroz en el foro.

Los ciudadanos desarmados huyeron aterrorizados, mientras los hombres armados de ambas facciones luchaban en el foro frente al senado y los grandes templos del lugar.

Al final, la mayoría de los hombres de Cina fueron masacrados, aunque el propio Cina logró escapar. Luego los senadores decretaron que Cina había quebrantado la ley, que no podía seguir siendo cónsul y que era un enemigo público.

Pero Cina estaba furioso por el fracaso de su plan. No iba a huir, sino a reunir un ejército para luchar contra Octavio. Y no solo eso, sino que iba a conseguir que Mario se uniera a él, y así ambos entrarían en Roma, matarían a sus enemigos y se convertirían en los dueños de Roma.

Ese era el plan de Cina. Mientras estaba reuniendo un ejército entre los plebeyos, sus mensajeros encontraron a Mario en África, y aunque estaba ya viejo, Mario volvió con ellos a Italia, pues todavía estaba lleno de orgullo, ambición y sed de venganza.

La muerte de Mario

La idea de Cina, el cónsul plebeyo, de llamar a Mario a su lado fue una idea muy inteligente porque el nombre de Mario todavía obraba mágicamente en la gente: miles de hombres se acercaron y se ofrecieron como soldados para luchar bajo las órdenes del gran general que nunca había perdido una batalla.

**Lucio Cornelio Cina (ca. 130 aC-84 aC): Político romano del siglo I a.d.C. Aunque de familia patricia, perteneció a la facción de los populares, siendo aliado de Cayo Mario y enemigo de Lucio Cornelio Sila. Pretor en la guerra social, tras la marcha de Sila sobre Roma dio un cruento golpe de Estado junto con Mario, y tras la muerte de éste se convirtió en líder de los populares. [n. del pr.]*

**Cneo Octavio: Político romano del siglo I aC. Se opuso a Cayo Mario y Lucio Cornelio Cina y fue asesinado por sus partidarios. [n. del pr.]*

Y cuando Octavio, el cónsul patricio, marchó con sus soldados contra Cina y Mario, muchos de sus hombres desertaron y se cambiaron de bando. E incluso los que permanecieron con él simplemente tenían miedo de luchar contra Mario.

El único hombre que podría haber protegido a Roma contra Mario era Sila, que estaba luchando en Asia y Grecia. No podía acudir en ayuda de Roma.

Los senadores estaban desesperados, sabían que Mario y Cina tenían suficientes soldados para asediar Roma y hacer que la gente que se rindiera por hambre; o sea, que decidieron rendirse sin luchar, esperando que Mario y Cina se mostrarían misericordiosos. Pero estaban equivocados, la piedad no era una palabra que importara a Mario. Sólo se acordaba de los vergonzosos días en los que había tenido que huir para salvar su vida cuando había sido arrastrado y sacado del barro, arrastrado por las calles y en que se había enviado a un miserable esclavo extranjero para matarlo. Y cuando Mario pensaba en esos días se endurecía como una piedra y sólo pensaba en la venganza.

Cuando Roma abrió sus puertas, Mario y Cina desfilaron a la cabeza de sus tropas y llegaron al foro. Allí fueron bienvenidos por los senadores. Pero ellos se limitaron a mirarlos con rostro sombrío y a exponerles lo que querían.

Primero tenía que abolirse la ley que convertía a Mario y a Cina en enemigos públicos. Los senadores estuvieron de acuerdo y la abolieron. Luego el patricio Octavio tenía que dejar de ser cónsul. Los senadores también aceptaron y Octavio dejó de ser cónsul.

En tercer lugar, reclamaron que Mario y Cina fueran nombrados cónsules. Los senadores volvieron a estar de acuerdo. No podían hacer otra cosa. Y de ese modo Mario se convirtió en cónsul por séptima vez.

La tarea de los cónsules era mantener la ley y la justicia en Roma. Pero Mario y Cina no usaron su poder para ello, lo utilizaron para vengarse cruelmente.

Mario trajo consigo un cuerpo de guardia especial, hombres que desconocían la misericordia y la piedad, y los utilizó para efectuar su venganza.

El primer patricio al que mataron fue Octavio, y luego mataron a cientos de ellos.

Los ciudadanos de Roma vivían atemorizados, y rezaban a los dioses que los salvaran del terror que estaba sembrando Mario y los dioses escucharon.

Todos estos acontecimientos eran muy excitantes para Mario: de ser un fugitivo apátrida volvía a estar en la cúspide del poder en Roma, había ejecutado una terrible venganza sobre sus enemigos, pero esa excitación era demasiado para el corazón de un anciano. De repente tuvo un infarto y murió a las pocas horas. Ese fue el fin del hombre que había empezado la vida como un pobre muchacho campesino que había sido ascendido a cónsul siete veces.

Mas como hemos visto, hubo muy poca felicidad en su vida y mucha crueldad derramamiento de sangre. Y cuando murió, los romanos maldijeron su nombre. Su amigo Cina era el único cónsul, y se estaba preparando para luchar contra Sila que, tras la guerra de Asia, estaba volviendo a Roma.

Pero la lucha nunca llegó a producirse, pues Cina no era tan popular con sus soldados como la había sido Mario. No deseaban luchar para él, se rebelaron y lo mataron.

<https://ideaswaldorf.com/tag/maestros/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

Así que cuando Sila volvió a Roma no encontró ninguna resistencia. Y con un ejército poderoso y fiel pudo convertirse en el dueño indiscutible de Roma.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/7-espartaco/>

Aportación de Hermelinda Delgado